

Inimitables.

Anastasio Rojo Vega

Sicilia está llena de recuerdos españoles. En Cefalú, en su catedral, he topado con el sarcófago de Rodrigo Vadillo, muerto en 1577 como obispo de aquella localidad, tras haber sido abad de San Benito el Real de Valladolid y predicador del emperador y de sus honras fúnebres junto con San Francisco de Borja. Allí consideran única una leyenda que tiene que ver con la explanada situada frente a la entrada principal del templo, con el antiguo cementerio. Dicen que tiene la propiedad de momificar los cuerpos porque está hecha de tierra aportada de Tierra Santa por los cruzados. O sea, que diría el clásico, lo mismo que el montón de la iglesia de la Antigua de Valladolid, ese abultamiento a mano izquierda hacia la plaza de la Universidad, aunque en este caso, según Francisco de Quevedo, la tierra porteadada por los cruzados no momificaba, sino consumía la carne de los cadáveres en menos de dos días. Debe ser que pasábamos más hambre.

Para los sicilianos su leyenda es única. Es admirable el sentido de lo único que tienen todos los italianos, incluidos los del Norte, que para los del Sur son el equivalente de nuestros catalanes. Todo es único y lo mejor y lo sorprendente es que están visceralmente convencidos de ello. Sus aceites los mejores, aunque cojan poco; sus vinos insuperables, aunque la producción sea escasa, o precisamente por eso; las uvas endémicas, las almendras de Avola y los pistachos de Bronte puro manjar de dioses, Ceres, Proserpinas y Polifemos.

Compré medio kilo de las famosas avoleñas pensando hacer vivero con tal exquisitez y sustituir unos almendros amargos que tengo, pero no sé si será mejor injertarlos con púas paisanas: probándolas, no he encontrado ninguna diferencia. Nuestra diferencia no está en la calidad del producto, sino en la falta de poesía, en la manera que tenemos de ser apocados y dubitativos. O creemos, visceralmente, que lo nuestro es también bueno y único, o nos superaran italianos y cuantos quieran venir.